



Círculo Rojo



# **Tras el sol de poniente**

Una travesía pirenaica en bicicleta



# **Tras el sol de poniente**

**Una travesía pirenaica en bicicleta**

**José Manuel Aparicio Rodríguez**



**Círculo Rojo**  
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: AL 2793-2019

ISBN: 978-84-1338-707-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto e imágenes: José Manuel Aparicio Rodríguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: José Manuel Aparicio Rodríguez

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.



INTRODUCCIÓN.....	11
DÍA 1: MADRID-GIRONA.....	19
DÍA 2: GIRONA.....	25
DÍA 3: GIRONA-OLOT.....	31
DÍA 4: OLOT-RIPOLL.....	41
DÍA 5: RIPOLL-CASTELLAR DE NUCH.....	49
DÍA 6: CASTELLAR DE NUCH-PAS DE LA CASA.....	61
DÍA 7: PAS DE LA CASA-LA MASSANA.....	71
DÍA 8: LA MASSANA-SORT.....	83
DÍA 9: SORT-VIELHA.....	91
DÍA 10: VIELHA.....	99
DÍA 11: VIELHA-BAGNÈRES DE LUCHON.....	105
DÍA 12: BAGNÈRES DE LUCHON-SAINT LARY SOULAN.....	119
DÍA 13: SAINT LARY SOULAN (COL D'ASPIN).....	127
DÍA 14: SAINT LARY SOULAN (HOURQUETTE D'ANCIZAN).....	131
DÍA 15: SAINT LARY SOULAN (CAP DE LONG).....	135
FOTOGALERÍA.....	139
DÍA 16: SAINT LARY SOULAN (COL DU PORTET).....	161
DÍA 17: SAINT LARY SOULAN-SAINTE MARIE DE CAMPAN.....	169
DÍA 18: SAINTE MARIE DE CAMPAN-LUZ SAINT SAUVEUR.....	177
DÍA 19: LUZ SAINT SAUVEUR (LUZ ARDIDEN).....	189
DÍA 20: LUZ SAINT SAUVEUR (COL DE TENTES).....	195
DÍA 21: LUZ SAINT SAUVEUR (CIRCO DE TROUMOUSE).....	203
DÍA 22: LUZ SAINT SAUVEUR (COL DU TOURMALET).....	209
DÍA 23: LUZ SAINT SAUVEUR-LARUNS.....	217
DÍA 24: LARUNS-OLORON SAINTE MARIE.....	227
DÍA 25: OLRON SAINTE MARIE-LARRAU.....	241
DÍA 26: LARRAU-SAINT JEAN PIED DE PORT.....	253
DÍA 27: SAINT JEAN PIED DE PORT-ETXALAR.....	263
DÍA 28: ETXALAR-DONOSTI.....	277





## Introducción

---

Creo recordar la primera vez que soñé con viajar en bicicleta, fue a la edad de once años, allá por el año 1991, en unas vacaciones veraniegas con mi familia y unos amigos, cuando recién llegados de un viaje por Francia que nos llevó de los castillos del Loira a París con nuestras caravanas a cuestas, nos adentramos por unos días en los Pirineos desde la costa gerundense, en cuyas playas nos recuperábamos de nuestro periplo por el país vecino.

Fue esta una expedición relámpago, un par de días o tres para ir a Andorra, ver aquel diminuto país enclavado en las montañas, hacer unas compras y volver a nuestro campo base, desde el cual retornar, con el mes de agosto presto a tocar a su fin, a nuestro querido hogar. Si bien fue esta incursión pirenaica algo fugaz, resultó suficiente para sembrar en mí el anhelo por las montañas y el sueño de surcarlas en bicicleta. Por entonces el fuego de la pasión por el ciclismo y las montañas se había prendido en mi interior, era ya un pequeño amante de las dos ruedas a pedales que, desde hacía unos dos o tres años, y siendo un mocoso e influido por la afición de mi padre por este deporte, la cual en parte asimilé por ósmosis, seguía con pasión las carreras ciclistas, sobre todo esas míticas etapas de montaña, particularmente del Tour de Francia, con sus majestuosos y bellos paisajes. La imaginación ya volaba y en el colegio y en el barrio jugábamos los zagales a las chapas, emulando aquellos escenarios y aquellas aventuras. Cuando íbamos con las bicis jugábamos a ciclistas, llevábamos a veces hasta clasificación general, algunos incluso organizaban sus particulares *tours* de barrio con maillots para los líderes de las diferentes clasificaciones y todo, hasta ese nivel de institucionalización llegaba la cosa... ¡Cuánta pasión! ¡Cómo lo pasábamos!

Y llegó aquel gran verano de 1991 en el que el no menos grande Miguel Induráin nos regaló su primera victoria en la Grand Boucle, y aquel verano yo estaba entusiasmadísimo con el reciente hecho, la impronta de aquellas imágenes de paisajes montañosos por los que los esforzados de la ruta bregaban con sus bicicletas en pos de las cimas de turno había quedado grabada en mi mente y en mi corazón: la belleza de las alturas, la majestuosidad de las cumbres... Ciclismo al margen, aquello tenía algo de inefable, de mítico, de místico.

En tal condición de entusiasmo, como digo, salí de viaje al país galo aquel año con mis padres, mi hermano y demás. En tal tesitura de ensoñación, conocí por primera vez la cordillera pirenaica, que, por entonces y como cuento, ya tenía para mí un significado y unas connotaciones muy especiales.

Recuerdo el trayecto hacia Andorra vívidamente, íbamos por el lado francés, acercándonos a Mont-Louis y la zona de Font-Romeu, y la Cerdanya, ganando altura desde el nivel del mar, de donde salimos, y yo desde el coche contemplaba poco menos que extasiado aquellos parajes no muy lejos de los cuales aquellas épicas batallas a dos ruedas habían tenido lugar pocas semanas antes y todos los meses de julio desde hacía años. Deseaba por supuesto transitarlos subido a una bici.

Y fue poco antes de llegar a Mont-Louise, si no recuerdo mal, en aquel puerto de montaña que conecta la zona del litoral y la costa con la zona aladaña a uno de los núcleos de la cordillera pirenaica como es el andorrano, cuando adelantamos a dos ciclistas, dos cicloviajeros pertrechados con sus alforjas en sus bicicletas — los primeros que recuerdo ver de esa guisa—, tras lo cual recuerdo haber dicho algo como «¡¡¡Yo, cuando sea mayor, quiero hacer eso!!!». Ante lo cual seguro que mis padres esbozaron una sonrisa.

Pasaron los años y fui desarrollando mi afición por la bicicleta; en cuanto tuve cierta edad, empecé a cogerla a menudo, salía a la carretera a entrenarme y hacer rutas con el club ciclista, luego vi-

nieron las primeras carreras de adolescente y un montón de años enfocados, si bien con intermitencias por diversas circunstancias, de forma *amateur* y con gran dedicación a este bello deporte. Y, pese a que era *amateur*, estaba consagrado a ello en cuerpo y alma, como todo el que se haya dedicado a ello de tal manera sabe: sacrificando muchas cosas y con un régimen de vida muy disciplinado. Y, entre esa gran lista de cosas sacrificadas en pos de una vida de corredor, estaban los viajes, los viajes estivales, de placer, de vacaciones... Máxime cuando el verano es el momento álgido de la temporada ciclista, en el que más carreras hay y en el que uno no podía dejar de hacer aquello para lo que había estado preparándose durante todo el año; sería un contrasentido. Por tanto, el hecho de viajar, y más concretamente en bicicleta, como había soñado desde niño, fue algo que fui postergando durante largo tiempo y con la firme intención y la esperanza de hacer viajes de tales características cuando llegase el momento. Tensé la cuerda y alargué la espera todo cuanto pude, pues mi intensa afición al ciclismo de competición, aunque no fuera profesional y se me hubiera pasado ya el arroz para serlo, era algo que me retenía; aquello me apasionaba, me motivaba enormemente y disfrutaba muchísimo con ello.

Llegó el momento en el que me cansé, dejé aquel tren de vida y empecé a disfrutar de la bicicleta de otra manera. Nuevas posibilidades se abrían y por supuesto entre ellas el empezar a hacer viajes y conocer sitios subido en una «burra». Así que a los treinta y pocos aproveché mis primeras vacaciones, desde hacía años, libre de obligaciones para zambullirme en esto de los viajes en bicicleta, con el equipaje a cuestas, desplazándome por la geografía con la autonomía que tal medio de locomoción permite.

Había tenido un primer contacto con la experiencia del cicloviaje un par de veranos antes cuando, debido a un problema de salud, no pude estar para las carreras, por lo que aproveché quince días de vacaciones en el trabajo en el mes de septiembre para

hacer el Camino de Santiago, desde Irún a Finisterre; aquel fue mi viaje de iniciación. Recuerdo que me marcó, desde el primer día sabía que era algo con lo que resonaba muchísimo, aquella sensación de libertad y aventura descubriendo sitios nuevos, nunca vistos, el viajar a flor de piel, en contacto estrecho con el ambiente, sin ventanillas que impidiesen que el aire y los elementos penetrasen mis poros, el pedalear por la costa con el ancho mar a un lado y las montañas al otro, aquellos atardeceres en pos del *finis terrae*... ¡Qué grata experiencia! Tanto que cuando terminé dudé si continuar o dejar ya mi etapa como corredor y dedicarme a viajar en cuanto pudiese, aunque, como decía, lo de las carreras me gustaba mucho y aguanté un año más. Para viajar siempre hay tiempo si Dios quiere, pero la vida deportiva, en lo que a alto rendimiento se refiere, tiene unos plazos; a partir de ciertas edades el estar dedicado de tal manera al ciclismo sin vivir de ello es cada vez menos factible y más complicado pese a que a uno le entusiasme. La vida y sus ciclos, nunca mejor dicho.

Pues, como decía, comencé a viajar por fin en mis vacaciones veraniegas. Me compré una bicicleta de *ciclocross*, de aluminio y robusta para que aguantase el peso del equipaje sin dar problemas, y... ¡al turrón! Y así pasaron varios veranos haciendo viajes por la geografía peninsular de tres a cuatro semanas que me permitieron conocer bellos y recónditos parajes de la Iberia profunda. Los primeros años por la mitad sur sobre todo, dando buena cuenta de enclaves de ensueño por sitios como los montes de Toledo, Sierra Morena, Andalucía en sus diversas regiones (tales como las Alpujarras, la sierra de los Filabres almeriense, sierra de Ronda y Grazalema, Aracena, la Sierra Norte sevillana...), arribando muchas veces a algún punto de la costa desde donde volvía a mi casa en Madrid en coche de alquiler. Otras veces salí del pueblo de mis ancestros por mi lado materno, la manchega y muy querida para mí Granátula de Calatrava, finalizando igualmente allí en alguna ocasión. También viajé hacia el norte peninsular en un

viaje inolvidable en el que salí y llegué en bicicleta a mi casa tras un mes entero de periplo, algo que nunca había hecho y que me hacía mucha ilusión: hacerlo todo en bici, recorriendo entre otras zonas, buena parte de la cordillera cantábrica, para llegar a Picos de Europa, desde donde ya acometer el regreso a casa cruzando la meseta y entrando a Madrid por el puerto de Navacerrada, que dicho sea de paso y con todos mis respetos, me resultó, tras haber subido algunos de los «señores» puertos que hay por aquellas tierras norteñas de nuestra geografía, una subida bastante asequible pese a ser un alto considerado de primera categoría según los cánones ciclistas.

En todos estos años rondaba mi cabeza, entre muchos otros, un viaje por los Pirineos, de hecho, desde el primero que hice tras el Camino de Santiago, deseaba cruzarlos de extremo a extremo, pero me echaba para atrás el hecho de que en el mes de septiembre, el único del verano en el que por motivos laborales podía juntar tres o cuatro semanas de vacaciones, el clima empieza a cambiar y corría el riesgo de que se me aguara la fiesta, máxime por una cadena montañosa de tal entidad. Pero llevaba ya seis años viajando sin acometer la empresa pirenaica y ya no podía demorarla más, tenía ganas y el año pasado, en el citado viaje por Asturias y demás, pude experimentar que los puertos largos y duros no eran un problema por ir bien cargado de equipaje, que era asumible el hacer rutas exigentes pese a la logística que llevaba encima, con tanto peso de equipaje a cuestas. Era algo que me suscitaba dudas; ya había subido puertos largos e incluso altos en Sierra Nevada, por ejemplo, o en los Filabres, pero tenía la incertidumbre respecto a los porcentajes altos y constantes como de los que pude dar cuenta en subidas como San Lorenzo o la Cobertoria, o la misma subida a Ancares... Llevando un desarrollo adecuado, solo es cuestión de paciencia, estando entrenado y en buena condición física por supuesto, lo cual afortunadamente puedo lograr, pues tengo tiempo y ganas para ello a lo largo del año.

Pues bien, como decía, me he decidido por fin este año a hacer la ruta pirenaica, aunque sea en septiembre. Si me hace malo y me mojo, pues ajo y agua, ¡qué se le va a hacer! Pero quiero intentarlo. ¿Quién sabe cuándo podré —si es que alguna vez puedo— disponer de tanto tiempo en un periodo de clima mejor?

Ha querido el destino que este viaje tan soñado sea mi séptimo viaje en bicicleta. Siete, número mágico: siete esferas planetarias, siete metales, siete notas, siete colores... Siete por cuatro, veintiocho: el número de días de un ciclo lunar, el tiempo aproximado que calculo que puede llevarme esta empresa. Todos son ciclos, nunca mejor dicho.

La preparación para este año ha sido fecunda en kilómetros y ascensiones, este ha sido de los que más he subido, aprovechando prácticamente todos mis días libres desde el mes de mayo para hacer entrenamientos de fondo y puertos, adentrándome en la sierra madrileña, que no me pilla muy lejos de casa, y hacerme dos y hasta tres por sesión, ya en el corazón del verano, cuando se aproximaba mi gran objetivo y estaba en mejor forma, y sumando kilómetros desde el mes de enero con los Piris ya en la cabeza. La verdad es que no necesito una motivación extrínseca para salir en bici, pero qué duda cabe que con un aliciente estimulante se entrena mejor y con más ganas, y realmente así ha sido.

Una de las cosas de los viajes que más gustan es planificarlos, soñarlos, coger los mapas, trazar las líneas maestras del trayecto, volar con la fantasía hacia esos lugares —la mayoría de las veces vírgenes para uno— e imaginar cómo serán, apoyándose en referencias, como libros, revistas, documentales, eventos televisivos, etcétera. A mí particularmente algo que me encanta desde niño es ver mapas de carreteras, en papel por supuesto, a la antigua usanza, ¡me fascina! Imaginar el terreno, visualizar las rutas, proyectarse por esas serpenteantes carreteras llenas de curvas que despiertan el deseo de transitarlas y descubrir sus secretos, carreteras siempre secundarias, comarcales, de montaña las más de las veces,

cuanto más recónditas mejor, alejadas del mundanal ruido, en intimidad con el entorno, carreterillas que dan testimonio de la acción humana sobre el medio, pero en muchos casos con una sobriedad que mantiene vivo el encanto de los lugares, máxime cuando muchas de ellas podrían pasar por caminos asfaltados por los que apenas hay tráfico de coches... ¡Que vivan esas carreteras! Y sobre todo que no las reformen, para el disfrute de los pocos que se aventuren por ellas. Sabido es que, cuando llega el desarrollo y el «progreso», la magia se pierde y el encanto mengua. Es el precio de la comodidad, una comodidad que, si es excesiva, acaba atrofiando, como todos podemos comprobar en los tiempos que corren. ¡Que no se pierda la poesía, por favor!

Pues, como decía, así, visualizando mapas de carreteras fui confeccionándome ya desde varios meses atrás —qué ganas tenía de que llegase septiembre— un esbozo de ruta que con el tiempo fui cerrando, aunque siempre con la posibilidad de variarla cuando llegase el vivo y el directo, por supuesto, pues mil imponderables pueden variar el plan trazado. Dicen que el mapa no es el territorio.

De modo que han ido pasando las semanas, los duros y placenteros —qué paradoja, o sarna con gusto no pica— entrenos estivales, y nos hemos plantado ya a finales de agosto, a punto de embarcar. La verdad es que, a estas alturas del año y sin haber cogido vacaciones desde hace doce meses, el haber pasado otro verano casi entero en Madrid trabajando y viendo partir a casi todo el mundo durante estos meses pasados, con poca gente en el pueblo, los amigos casi todos o todos fuera, la familia también, las calles sin mucha gente, el tremendo calor, todo ello da una sensación durilla, con sabor a desierto, que a veces se hace un poco «bola», pero bueno, a todo se hace uno. El caso es que es curioso: cuando me toca a mí coger las vacaciones, el pueblo se empieza a llenar, los amigos empiezan a volver, la gente empieza a poblar las calles, el calor va siendo menos riguroso, las noches



se llenan de ambiente... Nace en mí entonces un sentimiento ambivalente: por un lado, las ganas de irme de vacaciones, pero, por otro, lo que apetece es romper el ayuno estival que acabo de narrar. No obstante, sé que, en cuanto esté ya en harina, se me habrán olvidado todos estos padecimientos. Además, cuando vuelva, ya tendré tiempo de subirme al carro social. Así que... ¡me voy de viaje!